

El prurito que tenemos en elogiar lo que pasa en regiones muy distantes, nos engaña miserablemente. Si aquellos filósofos hubieran tenido á la vista la obra moderna intitulada: *Voyage de Georges Anson* y algunas otras, hubieran sabido, que los chinos son inconstantes, voluptuosos, pérfidos, mentirosos y tan diestros en el arte de engañar, que no se conocen semejantes sobre la faz de la tierra: que sus mandarinos ó jueces aunque buenos letrados y discípulos del gran Confucio, cuando condenan á la pena de la ley, no es para corregir al delincuente, sino para enriquecer con sus despojos. Esta hambrienta administracion de justicia, está generalmente aprobada y no se reprende como á los cristianos, cuando no proceden segun la moral del evangelio. Lee á J. J. Rousseau (1) autor que no puede serte sospechoso en la materia, y te confirmarás en la verdad de la historia de Anson: lee, que cuanto mas te entregues á su lectura y á la de los libros de los incrédulos, con tanta mas claridad conocerás que necesitamos de la revelacion para tributar á la divinidad un culto santo y legítimo, y para arreglar nuestras acciones á la sana moral.

Si teniendo en consideracion lo espuesto, juzgas como debes, que es necesaria la revelacion, debes igualmente tener por cierta su ecsistencia; la que te probaré luego que reciba tu contestacion. Quiera el cielo, que nos veamos cuanto antes &c.

Agustin.

(1) *Lib. 16. c. 8 de Esprit des Loix. y en la p. 44. oeuvres diverses.*

CARTA XIX.

Jalapa agosto 2 de 1826.

Mi muy amado compañero: prometes manifestarme, que ecsiste la divina revelacion. Si eres tan feliz que acabes de convencerme de su necesidad, no dudaré de su ecsistencia; y ahorrarás el trabajo de demostrármela: trabajo que al mismo tiempo que te seria molesto, me desagradaria. Pues la idea que tengo del Ser supremo es la de un ser infinitamente benigno y pródigo. En este concepto discurro asi: ¿seria bueno y providente un padre que negara á sus hijos los conocimientos necesarios para su bien y sin los cuales infaliblemente perecerian? Me responderás, que no, y yo diré á mas, que seria un cruel. Lo mismo deberiamos juzgar del padre comun de los hombres, si siendo necesaria la revelacion, se la denegara. Un ser pródigo, benéfico y poderoso jamás falta á lo necesario.

Son convincentes al parecer las soluciones, que diste á los argumentos que te propusiste; pero deseo que me resuelvas algunas dudas que aun inquietan mi espíritu. Atiende: si la revelacion fuese necesaria lo hubiera sido en todo tiempo y á todos los pueblos: sin embargo no se conoció hasta despues de algunos siglos de la creacion del mundo; es decir, hasta que Dios, si damos asenso á los judios, dictó á Moyses en el Sinay los preceptos de la ley: ni se reveló esta á otra nacion que á la hebrea. Supongámos ahora, que sea cierta dicha revelacion. Antes de ella todo culto debia agradar á Dios, siempre que le acompañase una intencion recta. Así lo ecsigia la divi-

na providencia, que no duerme ni descuida de cosa alguna. El Dios que conoce hasta lo mas recóndito de nuestros corazones, se complace de nuestra buena intencion. Supongamos ahora, que de dos pintores el uno formaba un retrato lleno de espresion y el otro al contrario. Aunque los dos retratos físicamente sean diversos, moralmente convienen; porque el fin que ambos pintores se propusieron es uno mismo; así tambien el que adora al Criador á lo gentil ó á lo mahometano, intenta lo propio que el que le ofrece inciensos con rito cristiano, que aunque se diferencien de este en el orden físico, no se distinguen en el moral; por cuya razon unos y otros son igualmente aceptos á la divinidad.

La historia nos dá lecciones de esta verdad. En ella aparecen varones ilustres, que sin la religion ni los ritos que se dicen revelados, vivieron santamente. Entre ellos contamos á Job de los idumeos y á otros muchos filósofos que escribieron muy bien sobre la moral. Si Platón, Pytágoras y otros guardaron una conducta santa é irreprochable sin noticia de la revelacion, ¿por qué los demás no han de poder hacer lo mismo?

Segunda duda: si la revelacion fuese necesaria á la humana especie, no sería momentanea y fálaz. Es constante que todo lo que pasa entre los hombres está sujeto á mil variaciones, ya sea por la variedad con que se cuenta, por la alteracion que con el tiempo padecen los idiomas, por nuestra inclinacion á lo maravilloso y extraordinario, y ya por nuestros intereses y preocupaciones. Para que fuese estable una revelacion, debería el hombre enteramente variar de naturaleza; pero siendo lo que es, es preciso que la revelacion poco á poco se convierta en un tejido de fábulas y de enredos modificado en razon de los intereses é inclinaciones de las per-

sonas que la reciben, anuncian é interpretan. ¡Cuántas dificultades no nos ocurren para averiguar la verdad de los hechos! Lo que pasa en un bário, de boca en boca se altera y al último la noticia se compone de un conjunto de contradicciones, y de mentiras.

Una revelacion sujeta á alteraciones, de nada podría servirnos. Aun cuando Dios se manifestase desde las nubes, desde donde declarase continuamente sus leyes y voluntad á los pueblos de la tierra que pasaran por debajo de él; y aun cuando lo hiciese en los diferentes idiomas de que usan las gentes, no conseguiria establecer entre ellos una creencia uniforme, á menos que no mudase la naturaleza de los hombres. Permaneciendo estos como son, oirian, entenderian y esplicarian los divinos oráculos de un modo diferente. Esta diversidad en entender y en esplicar, sería causa de continuas contradicciones y disturbios en todo el globo: de nada aprovecharia y siendo perjudicial, de ninguna manera se puede juzgar necesaria.

Si logras sacarme de las dudas que acabo de insinuarte, quedaré convencido por la razon que al principio espuse y ya no dudaré de la ecsistencia de la revelacion. Si te parece que lo logras, hazlo y en seguida señálame las notas y caracteres que nos guien para el hallazgo de esa precíosisima joya. Mis negocios me llaman á esa y me parece que dentro de pocos dias tendré la satisfaccion de darte un estrecho abrazo. Avisaré oportunamente &c.

Feliceforo.

CARTA XX.

Mexico agosto 9 de 1826.

Amabilísimo compañero: á ver si acierto en dar las soluciones que dices, deseas dé á tus argumentos. La revelacion en todo tiempo fué necesaria á todos los pueblos. Dios que no falta á lo necesario, reveló al primer hombre la religion y culto con que debia adorarle. Una tradicion no interrumpida instruyó en ella á su posteridad hasta Moyses. Abimelec, Job, Melquisedec y otros ilustrados con las doctrinas de aquella revelacion vivieron santamente. Así es, que en las primeras edades se desconocia enteramente la abominacion de la idolatria. . . ¿qué digo? ni los primeros romanos doblaron la rodilla ante los ídolos. La Grecia y el Egipto usaron de ciertos ritos, que aunque por mucho tiempo fueron indiferentes, despues dieron ocasion á la idolatria. Luego en seguida la supersticion á la manera de una grande avenida que rompe todos los diques, inundó á aquellas desgraciadas regiones. El contagio, al modo de una desoladora epidemia, se propagó por todo el mundo. Pudo Dios vengar este delirio de los hombres: lo castigó es verdad, pero benignamente, substrayendo los conocimientos de la primera revelacion á los que se obstinaban en no conocerla para sofocar con su ignorancia los clamores de sus conciencias y de la misma naturaleza. Dije, que Dios vengó benignamente. Sí, porque el que peca con mas conocimiento, se hace reo de mayor pena; por cuyo motivo luego que se borró de la memoria de aquellos miserables la noti-

cia de la revelacion, ya no fueron castigados por lo que ignoraban. La infraccion de la ley natural era la única que los condenaba. Sin embargo los egipcios, felisteos y babilonios á quienes el profeta Jonás predicó penitencia y aun otros tuvieron despues noticia de la revelacion hecha á los judios. Se sacaron cópias de los libros de la religion mosaica y de ellos sacó Platon lo mas selecto de sus obras: pero á pesar de sus conocimientos se eclipsó el esplendor de su vida, como el de otros filósofos que recomiendan por santos con las debilidades y necias doctrinas que apunté en mi anterior; por lo que no se puede elogiar su conducta, que en la parte que fué inmoral, fué nociva á los pueblos, que por la opinion que tenian de ellos, respetaban é imitaban sus vicios como si fueran virtudes.

No puede el hombre en tiempo alguno agradar á su autor con cualquier género de cultos, ni puede tener la misma intencion el que le adora inmolando su prole á los demonios ó con otros actos á que resiste la naturaleza, que el que le rinde homenajes honestos y legítimos. Estas adoraciones fisica y moralmente se distinguen; y aunque la intencion de los adoradores se dirigiera al mismo fin, para que fuese acepta al Dios de la verdad, deberian todos los cultos conformarse al dictámen de la razon, como ya tengo probado, ó á lo menos deberian ser de tal naturaleza que invenciblemente se ignorara su deformidad. No pueden complacer al que nos dotó de razon los cultos que esta condena. ¿Y los egipcios por ejemplo pudieron alegar esta invencible ignorancia, y otros pueblos que burlaban á los estrangeros que los veian humillarse á presencia de los puerros y de las cebollas? ¿Quien de los deistas los miraria sin burlarse ni reirse?

La segunda duda que me propones, la copias-

te casi á la letra del *Contagio sagrada* (1) y es de muy facil solucion. Oyeme con atencion: si los hombres no obstante sus distintos modos de pensar y comprender, sus intereses y preocupaciones unánimemente dan testimonio de algun hecho, lo debemos creer como si lo hubieramos visto por nuestros propios ojos, si no queremos caer en un pirronismo moral. La divina revelacion es un hecho de esta clase. Se manifiesta claramente. Los judios, samaritanos, cristianos y muchos gentiles como Nicolás Damaceno, Apion y otros, contrarios todos entre sí en opinion, intereses, inclinaciones &c. testifican la verdad de la revelacion hecha á Moyses. Si tuvieramos este hecho por fabuloso, deberiamos mirar como un tegido de fábulas y embustes todo lo que se lee en las historias antiguas; y para que dieramos ascenso al mismo autor del *Contagio* con respecto á los hechos antiguos que nos cuenta, deberia manifestarnos, que tuvo especial revelacion de su verdad, y tenerla nosotros para creer que la tuvo, no debiéndose segun sus principios dar crédito á la relacion de un hecho por las alteraciones que padece la historia, atendida la naturaleza de los hombres, la sucesiva variacion en los idiomas &c. Yo veré siempre con desprecio el juego de voces de que usa: atendamos á la razon. Si damos firme ascenso á las generaciones coetaneas á los hechos, ¿por qué se les ha de negar á las que les suceden? Estas nos transmiten las mismas noticias, variando las voces conforme se muda el idioma, para conservar incorruptas las noticias, como lo puedes notar en los libros de Moyses y en otros. No es ahora igualmente cierto que muchos siglos antes, por ejemplo que Dionisio tirano de Siracusa tuvo que retirarse á Corinto y que para po-

(1) Tom. c. 2.

der subsistir allí, se acomodó de maestro de escuela? Es un hecho que los historiadores de todos los climas, de diferentes confesiones, idiomas, intereses, &c. nos cuentan y han referido siempre de un mismo modo. Y si no se puede dudar de este hecho, siendo mayores las pruebas de el de la revelacion, ¿quien sino un temerario podrá dudar de ella?

A lo que añadiste para corroboracion de tu grande argumento, respondo: si el hombre sin mudar de naturaleza y siendo lo que es, da ascenso á los acontecimientos públicos de la antigüedad ya sean del orden natural, ya del político, ¿por qué permaneciendo lo mismo, no podria uniformar su creencia hablando desde las nubes el Señor del universo? Se explicaria con voz inteligible: todos entenderian los oráculos segun los oyeran y los oirian segun y como quisiera el Todopoderoso; y por lo mismo los mortales los oirian, entenderian y explicarian con tal uniformidad que no daria lugar á disensiones ni á disturbios. De otro modo no se cumplirian los designios de la providencia.

He satisfecho, si no me engaño, á las dificultades que te parecian del mayor peso; ahora me resta demarcarte los *caracteres que señalan la divinidad y veracidad de la revelacion*. Los principales son estos. Primero: la doctrina revelada no puede ser contraria á la razon; pero no debe tenerse por contraria la que escede nuestra inteligencia. Segundo: la revelacion posterior no puede ser contraria á la anterior; pero sí puede variarse con respecto á las leyes positivas, que se dieron para tiempo determinado y siendo obscura aclararse por medio de otra. Tercero: no se debe creer la revelacion que se nos comunica por conducto de hombres criminales y viciosos. No es decoroso á la santidad de Dios valerse del ministerio de aquellos y sí del de hombres de

providad y virtuosos, para plantar la religion. Con todo, hay circunstancias en que puede obligar á los malos, á que descubran la verdad, como lo hizo con Balaam, para que implorase cosas favorables al pueblo de Israel. Cuarto: no se puede tener por doctrina revelada por Dios la que no se dirige á su gloria, y á la verdadera felicidad de los hombres, ni la que induce á una vida inmoral, fines torcidos &c. Estos cuatro caracteres aun no nos son bastantes para cerciorarnos de la verdad de la revelacion: es tambien necesario, que su doctrina se confirme con verdaderos milagros y que resplandezca en ella la divinidad por medio de las profecias.

Me parece, que con lo espuesto tranquilizarás tu espíritu con respecto á la necesidad y ecsistencia de la revelacion; pero si aun te queda algun escrúpulo, decláramelo con franqueza. Espero que cuanto antes nos des un día de alegría con tu venida á esta. Bial y yo lo deseamos con ansia &c.

Agustin.

CARTA XXI.

Jalapa agosto 16 de 1826.

Compañero amabilísimo: acabo de leer con especial gusto las sólidas razones con que aunque con laconismo, felizmente rebates las de los deístas que en mi anterior te propuse. Ya me convenciste de la necesidad de la revelacion y creo su ecsistencia. Pero ¿en donde hallaré la verdad revelada? tú te insinuas por la religion mosaica. Esta materia es dig-

na de un serio ecsamen: lo haremos muy escrupuloso, luego que llegue á esa á que me llaman negocios algo interesantes y los vivos deseos que tengo de verte y de conocer al sábio Bial.

Pasado mañana me pondré en camino para esa, donde deberé llegar en la tarde del 23. A Dios, hasta la vista.

Telésforo.

En la tarde del 23 de agosto salieron Agustin y Bial por la calzada de S. Lázaro á recibir á su amado Telésforo. Apenas habrian andado una legua, cuando lo encontraron. Al instante se conocieron, se apearon los dos amigos presurosos y se dieron un estrecho abrazo: en esta amistosa aptitud permanecieron un gran rato sin poder ninguno de los dos articular palabra. Bial se enterneció al ver que las mudas espresiones de cariño solo se declaraban con lágrimas de gozo. Luego despues que el deshaogo del corazon dió lugar á que hablaran, Telésforo dió un estrecho abrazo á Bial. Montaron los tres en el coche en que iba Agustin y en la conversacion que llevaron hasta llegar á la casa de este, fueron tales las emociones de júbilo que sintieron sus almas, que ellos mismos no sabian despues como esplicarlas. A las seis de la tarde se apearon, y pasaron hasta las diez de la noche en amistosa conversacion, en la que Telésforo se aficionó en gran manera de Bial, admirándolo por la erudicion y esactitud con que se producía.

Luego que Telésforo se desembarazó de las visitas de cumplimento y tuvo en buen estado sus negocios, se propuso dedicar algunos ratos al interesantísimo negocio de la religion. Aunque Agustin y